

Editorial

A medida que crece, entre los responsables de la educación en América Latina, la convicción de la no-viabilidad de los modelos escolares tradicionales para las circunstancias específicas del continente, se intensifica también la búsqueda de una nueva definición de la educación que corresponda al cambio estructural social que buscan nuestros pueblos.

Son años éstos, en América Latina, de tiempo críticamente condensado, en los que se aceleran los procesos de conciencia colectiva y se sucede vertiginosamente la revisión de planteamientos y actitudes en torno a nuestra identidad. Apenas extinguida la “década del desarrollo” hemos ya desechado la noción de “subdesarrollo” como un estado de retraso recuperable respecto a un modelo de modernización alcanzable; ahora lo hemos redefinido como un estado de dependencia, que es requisito indispensable para el dominio y la prosperidad de los países ricos. En consecuencia, el cambio de estructuras va siendo definido en América Latina ya no como una aceleración del proceso de occidentalización neocapitalista, sino como una liberación de la dependencia injusta. La dependencia que deseamos liquidar no es sólo la que domina nuestras relaciones de intercambio comercial, ni sólo tampoco la que nos impone la forzada importación de tecnologías o de metodologías científicas; más a fondo, es la dependencia de patrones de convivencia que han estado modelando las relaciones humanas conforme a los valores del neocapitalismo occidental: el afán de lucro, el espíritu de competencia y el individualismo egoísta. Cambio estructural, en este contexto, significa entonces alteración de las formas estables de relación interhumana conforme a valores de solidaridad, igualdad, participación y servicio. Y es en este contexto ideológico, en esta concepción del cambio estructural como liberación, donde empieza a definirse el nuevo concepto latinoamericano de educación.

La educación, en esencia, es comunicación interhumana tendiente a mejorar a la persona en sus características específicas. La transmisión y asimilación de valores en que se finca esta convivencia interpersonal proviene de y va orientada al establecimiento de relaciones estables de convivencia, o sea de las estructuras sociales objetivas. Por esto lo actitudinal-subjetivo y lo estructural-objetivo se condicionan dialécticamente en el proceso educativo, y éste es a la vez —en siempre riesgoso equilibrio— maduración de la persona individual y libre, y perfeccionamiento colectivo.

Buscar, por tanto, una educación liberadora que active y acompañe congruentemente el cambio social estructural es buscar nuevas formas de relación interhumana. Curiosamente —y como paradoja iterada en nuestra historia—, una ayuda considerable para efectuar este cambio proviene precisamente del avance tecnológico producido por el mundo desarrollado cuyos modelos rechazamos; nos referimos concretamente a la tecnología de la comunicación.

Esta tecnología, considerada formalmente, tiene un potencial hasta hace poco desconocido para alterar las formas de relación interhumana. Ha servido en el mundo desarrollado para configurar y afianzar las características de la sociedad de consumo. Prensa, radio, TV y cine se han empleado en las sociedades desarrolladas para inspirar los antivalores en que esas sociedades descansan y para inducir las motivaciones que aseguren su funcionamiento; se han empleado y se

están empleando también para exportar la misma valoración y motivación hacia los países pobres con el fin de alentar su imitacionismo desarrollista, base de su dependencia.

En educación, la tecnología de la comunicación se está aplicando en los países avanzados con una orientación específica: la de aumentar la “productividad educativa”, sofisticando el proceso pedagógico, refinando el método y (en la intención al menos) abatiendo costos.

Las modalidades que en el mundo avanzado ha tenido la tecnología de la comunicación en sus aplicaciones educativas —y que van en general en sentido contrario al concepto latinoamericano de educación liberadora— no deben hacernos perder de vista, sin embargo, que el futuro de toda educación está en función de la manera como evolucione la comunicación entre los hombres. Por esto es importante analizar si esta tecnología, prescindiendo de la valoración a la que ahora sirve, puede ser aprovechada para alterar la configuración de las relaciones entre los hombres y de esta manera incidir en un cambio estructural social. Desentrañar esta capacidad, desde nuestra propia filosofía social de liberación, sería un objetivo importante de la investigación educativa en América Latina.

TV, radio o satélite, en concreto, nos deben interesar para la educación que buscamos, no sólo como factores que elevan la productividad del esfuerzo educativo, al permitir hacer llegar la “señal” a miles o millones antes inalcanzables; ni sólo porque su lenguaje es más rápido y penetrante que el de la enseñanza directa; ni sólo porque su riqueza de recursos didácticos o su versatilidad pueden superar la de la organización escolar convencional. Esto es verdad y no debe perderse de vista, pero más allá y más en el fondo está el hecho de que estas formas de comunicación son susceptibles de recibir contenidos valorales distintos, son susceptibles también de dar un mayor dominio al pueblo sobre la orientación de su propia educación, y son susceptibles además de reforzar (por ejemplo en el caso de recepción comunitaria) la cohesión y solidaridad necesaria para ejercer la presión social que el cambio requiere.

Obviamente hay prerequisites indispensables para convertir lo que hasta ahora ha sido instrumento de dominación en instrumento de liberación. Entre otros —y pensando sobre todo en la educación informal— será necesario buscar la manera para que la propiedad de los medios de comunicación empleados en educación pase efectivamente a manos del pueblo; será necesario en muchos casos emplear monitores adiestrados para encauzar la discusión comunitaria a partir del programa; será necesario provocar la retroalimentación inmediata con el fin de que se logre una verdadera comunicación bilateral (lo que hasta ahora no ha logrado ni la televisión ni la radio); y será necesario experimentar fórmulas de organización social que permitan a los oprimidos confrontarse eficazmente con el poder político o económico para defender sus derechos en el caso, muy previsible, de conflicto.

Es en esta línea de búsqueda original —tanto en su enfoque valoral como en las modalidades de su aplicación— como la tecnología de la comunicación puede ser la clave para empezar a fijar el rumbo de la nueva educación latinoamericana. Investigar estas posibilidades, crear las nuevas condiciones en que puedan desarrollarse estas formas inéditas de tecnología educativa y realimentar la misma filosofía social con los resultados de la *praxis* es una importante tarea en la que deben empeñarse hoy los núcleos innovadores de la educación en nuestro continente.